

Cartas filosóficas



Voltaire

Filosofía y Teoría Social

libros
en red

Cartas filosóficas

Voltaire

Colección
Filosofía y Teoría Social



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de cubierta: Cinzia Ponisio
Diagramación de interiores: Julieta Lara Mariatti

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2007
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Primera carta. Sobre los cuáqueros	6
Segunda carta. Sobre los cuáqueros	10
Tercera carta. Sobre los cuáqueros	12
Cuarta carta. Sobre los cuáqueros	15
Quinta carta. Sobre la religión anglicana	19
Sexta carta. Sobre los presbiterianos	21
Séptima carta. Sobre los socinianos o arrianos o antitrinitarios	23
Octava carta. Sobre el Parlamento	25
Novena carta. Sobre el gobierno	28
Décima carta. Sobre el comercio	32
Undécima carta. Sobre la inoculación de la vacuna	34
Duodécima carta. Sobre el canciller Bacon	37
Decimotercera carta. Sobre Locke	41
Acerca del autor	46
Editorial LibrosEnRed	47

PRIMERA CARTA. SOBRE LOS CUÁQUEROS

Pensé que la doctrina y la historia de un pueblo tan extraordinario merecían despertar la curiosidad de un hombre razonable. Para instruirme me fui a ver a uno de los cuáqueros más célebres de Inglaterra, el cual, tras estar dedicado treinta años al comercio, había sabido poner un límite a su fortuna y a sus deseos, retirándose al campo en las cercanías de Londres.

Lo encontré en su retiro; una casa pequeña pero bien construida, limpia y sin adornos inútiles. El cuáquero era un hermoso anciano, que nunca había estado enfermo, porque no sabía lo que eran las pasiones ni la intemperancia; jamás he conocido a nadie con aspecto más noble y simpático que el suyo. Al igual que sus demás compañeros de religión, utilizaba un traje sin pliegues a los costados, ni botones en los bolsillos o en las mangas, y llevaba sobre su cabeza un sombrero grande con las alas vueltas hacia arriba, semejante a los usados por nuestros eclesiásticos.

Me recibió sin quitarse el sombrero, adelantándose hacia mí sin hacer ni la más leve inclinación hacia el suelo; sin embargo, la expresión abierta y humana de su semblante denotaba más cortesía que la costumbre de echar un pie hacia atrás y coger con la mano lo que está hecho para cubrir la cabeza.

–Amigo –me dijo–, observo que eres extranjero. Si puedo serte útil no tienes más que hablar.

–Señor –le respondí haciendo una reverencia y echando un pie hacia atrás, según nuestra costumbre–, espero que mi justificada curiosidad no os causará molestia y querréis hacerme el honor de instruirme en vuestra religión.

–Las gentes de tu país –me contestó– hacen demasiadas reverencias y cumplidos, pero nunca encontré a ningún compatriota tuyo que se interesara en lo mismo que tú. Entra y comencemos por comer juntos.

Le hice algunos cumplidos, pues no es fácil olvidar de pronto nuestros hábitos y, tras una comida sana y frugal que empezó y terminó con una oración a Dios, me puse a interrogar a mi hombre.

–Mi querido señor –le dije–, ¿estáis bautizado?

–No –me contestó el cuáquero–, y mis compañeros de religión tampoco lo están.

–¿Cómo? Voto al cielo –repliqué yo–. ¿Entonces no sois cristianos?

–Hijo mío –repuso en tono suave–, no jures. Nosotros somos cristianos y nos esforzamos en ser buenos cristianos, pero no creemos que el cristianismo consista en echar un poco de agua con sal sobre la cabeza.

–Eh. Diablos –dije, ofendido por semejantes impiedades–. ¿Es que acaso habéis olvidado que Jesucristo fue bautizado por Juan?

–Amigo, deja de jurar de una vez –dijo el piadoso cuáquero–. Efectivamente, Juan bautizó a Cristo, pero éste no bautizó a nadie. Nosotros somos discípulos de Cristo, no de Juan.

– ¡Ay! –exclamé–, si hubiera Inquisición en este país, qué pronto os quemarían, pobre hombre. Ruego a Dios que pueda yo bautizaros y convertirnos en un verdadero cristiano.

–Si ello fuera preciso para condescender con tus debilidades, lo haríamos con gusto –agregó en tono grave–. No condenamos a nadie porque practique la ceremonia del bautismo, pero pensamos que los que profesan una religión verdaderamente sana y espiritual deben abstenerse, en lo que les sea posible, de realizar prácticas judaicas.

–Es lo que me faltaba por escuchar. ¿Qué ceremonias judaicas? –exclamé.

–Sí, hijo mío –continuó diciendo–, y tan judaicas que muchos judíos todavía hoy en día practican en ocasiones el bautismo de Juan. Consulta la historia antigua y verás que en ella se dice que Juan no hizo más que renovar una costumbre que mucho tiempo antes de que él naciera era practicada por los judíos, de la misma forma que la peregrinación a La Meca lo era por los ismaelitas. Pero circuncisión y ablución son abolidas por el bautismo de Cristo, ese bautismo espiritual, esa ablución del alma que salva a los hombres. Ya lo decía Juan, el precursor: «Yo os bautizo en verdad con agua, pero otro vendrá después de mí, más poderoso que yo, del que no soy digno de descalzarle las sandalias. Él os bautizará con el fuego y con el Espíritu Santo». Y el gran apóstol de los gentiles, Pablo, escribió a los corintios: «Cristo no me ha enviado para bautizar, sino para predicar el Evangelio». Pablo bautizó con el agua a tan sólo dos personas y muy a su pesar circuncidó a su discípulo Timoteo. Los demás apóstoles también circuncidaron a todos aquellos que lo deseaban. ¿Tú estás circuncidado?

Le respondí que no tenía ese honor.

–Y bien, amigo mío; de este modo tú eres cristiano sin estar circuncidado y yo lo soy sin haber sido bautizado.

De esta manera aquel buen hombre aprovechaba astutamente tres o cuatro pasajes de las Sagradas Escrituras que parecían dar la razón a su secta; pero con la mejor fe del mundo se olvidaba de un centenar de pasajes que se la quitaban. No me tomé el trabajo de rebatir sus argumentos. Nada se puede hacer con los entusiastas. Jamás hay que hablarle a un hombre de los defectos de su amante, ni a uno que litiga los defectos de su causa, ni dar razones a un iluminado. De manera que me puse a hablar de otras cuestiones.

–En lo que se refiere a la comunión –le pregunté–, ¿de qué modo la practicáis? –No la practicamos –dijo él. –¿Qué? ¿No comulgáis?

–No, tan sólo practicamos la comunión de los corazones. Volvió a citarme las escrituras. Me colocó un hermoso sermón contra la comunión y, en tono inspirado, me habló para probarme que todos los sacramentos eran invenciones humanas y que la palabra sacramento no figuraba en ningún lugar del Evangelio.

–Perdona –dijo– que en mi ignorancia no haya podido darte ni la centésima parte de las pruebas de mi religión, pero de todas formas puedes encontrarlas en la exposición que de nuestra fe hace Robert Barclay; es uno de los mejores libros que hayan sido escritos por el hombre. Nuestros enemigos dicen de él que es muy peligroso, lo cual prueba que es verdadero.

Le prometí leer el libro, con lo cual el cuáquero creyó que me había convertido.

Luego, con unas pocas palabras, me explicó la razón de algunas singularidades de su secta, que la exponen al desprecio ajeno.

–Confiesa –me dijo– que tuviste que hacer un gran esfuerzo para no echarte a reír cuando respondí a tus cumplidos con el sombrero puesto y tuteándote. Sin embargo, creo que eres lo bastante instruido como para saber que en los tiempos de Cristo ningún pueblo cometía la ridiculez de reemplazar el singular por el plural. A César Augusto se le decía; te amo, te ruego, te agradezco. Ni siquiera toleraba que se le dijese señor, dominus. Sólo después de mucho tiempo los hombres se hicieron llamar vos en lugar de tú, como si fueran dobles, y usurparon los impertinentes títulos de Grandeza, Eminencia, Santidad, que son los mismos títulos que los gusanos de tierra dan a otros gusanos de tierra, asegurándoles, con profundo respeto e insigne falsedad, que son sus más humildes y obedientes servidores. Para ponernos en guardia contra ese indigno comercio de adulaciones y mentiras tuteamos tanto a los reyes como a los zapateros remendones y no

saludamos a nadie, sintiendo por los hombres caridad, y respeto tan sólo por las leyes.

Usamos un traje diferente al del resto de los hombres para que ello nos recuerde continuamente que no debemos parecernos a ellos. Los demás llevan las insignias de sus dignidades; nosotros, las de la humildad cristiana. Huimos de las fiestas mundanas, de los espectáculos, del juego, porque creemos que seríamos dignos de lástima si llenáramos con trivialidades semejantes unos corazones que están reservados a Dios. No juramos nunca, ni siquiera delante de la justicia. Pensamos que el nombre del Altísimo no debe prostituirse mezclándolo con las miserables querellas de los hombres. Cuando debemos comparecer ante los magistrados por asuntos que conciernen a otros (pues nosotros nunca nos metemos en procesos), decimos la verdad únicamente, un sí o un no, mientras que muchos cristianos cometen perjurio sobre los Evangelios. No vamos nunca a la guerra, no porque temamos a la muerte, ya que, al contrario, bendecimos el momento que nos une al Señor de los seres, sino porque no somos ni lobos, ni tigres, ni dogos, sino hombres cristianos. Nuestro Dios, que nos ha ordenado amar a nuestros enemigos y sufrir en silencio, no quiere que crucemos los mares para estrangular a nuestros hermanos tan sólo porque unos verdugos vestidos de rojo, con gorros de dos pies de altura, enrolan a los ciudadanos haciendo ruido con dos palitos que golpean una piel de asno tirante. Cuando tras una victoria de las armas Londres entera resplandece iluminada; cuando, el cielo brilla con los fuegos de artificio; cuando los aires resuenan con el ruido de las acciones de gracias, de las campanas, de los órganos, de los cañones, nosotros nos lamentamos en silencio por esas muertes que causan el público regocijo.

SEGUNDA CARTA. SOBRE LOS CUÁQUEROS

Esta fue, más o menos, la conversación que sostuve con aquel hombre singular. Pero mi sorpresa fue mayor al domingo siguiente, cuando me llevó a la iglesia de los cuáqueros. Estos poseen varias capillas en Londres; la que yo visité se encuentra cerca del famoso pilar llamado «El Monumento». Cuando entré, conducido por mi amigo, estaban ya todos reunidos. En la iglesia habría alrededor de cuatrocientos hombres y trescientas mujeres; éstas ocultaban sus semblantes detrás de sus abanicos; los hombres cubrían sus cabezas con grandes sombreros; todo el mundo estaba sentado y guardaba un profundo silencio. Pasé entre los fieles y ninguno levantó su vista hacia mí. El silencio se prolongó durante un cuarto de hora. Por fin uno de ellos se levantó, se quitó el sombrero, y después de algunas muecas acompañadas de suspiros recitó, medio con la boca, medio con la nariz, un galimatías que creía extraído del Evangelio, pero que ni él ni nadie entendía. Después que el contorsionista hubo terminado su monólogo y la Asamblea se hubo dispersado, edificada y entontecida, pregunté a mi buen hombre por qué los más sabios de entre ellos tenían que aguantar semejantes estupideces, a lo cual me contestó:

–Tenemos que tolerarlas porque cuando un hombre se pone en pie para hablar no podemos saber si es la inteligencia o la locura lo que le mueve; en la duda, escuchamos pacientemente y hasta permitimos hablar a las mujeres. A veces, dos o tres de nuestras devotas se sienten inspiradas al mismo tiempo y entonces sí que la casa del Señor se llena de ruido.

–¿No tenéis sacerdotes? –le pregunté.

–No, amigo mío –replicó el cuáquero–, y nos encontramos muy contentos de ello. No quiera Dios que nos atrevamos a ordenar que alguien reciba al Espíritu Santo los domingos, excluyendo a los demás fieles. Gracias a Dios somos los únicos en el mundo que no tenemos sacerdotes. ¿Querías tú quitarnos distinción tan honrosa? ¿Por qué razón deberíamos entregar nuestro hijo a una nodriza mercenaria cuando tenemos leche suficiente para alimentarlo? Esas mercenarias dominarían enseguida la casa, sometiendo a madre e hijo. Dios dijo: «Habéis recibido gratuitamente, dad también gratuitamente». Después de una declaración así, ¿podríamos comerciar con el Evangelio, vender el Espíritu Santo y transformar una asamblea de cris-

tianos en una tienda de mercaderes? Nosotros no damos dinero a unos hombres vestidos de negro para que asistan a nuestros pobres, entierren a nuestros muertos y prediquen a los fieles; estos oficios santos nos son demasiado queridos como para dejar que otros los realicen.

–¿Pero cómo podéis saber si es realmente el espíritu de Dios el que inspira vuestros discursos? –insistí.

–Quienquiera que ruegue a Dios para que lo ilumine, quienquiera que anuncie las verdades evangélicas como él las siente, puede estar seguro que es Dios quien lo inspira.

Dicho esto, me abrumó con citas de las Escrituras que demostraban, en su opinión, que no puede haber cristianismo sin revelación inmediata, y añadió estas notables palabras:

–¿Cuando mueves uno de tus miembros es tu propia fuerza quien lo impulsa? No, sin duda, pues a menudo ese miembro tiene movimientos involuntarios. El que creó tu cuerpo es el que anima ese cuerpo de barro. y las ideas que recibe tu alma, ¿eres tú quien las forma? Todavía menos, pues ellas nacen a tu pesar. El creador de tu alma es quien te da tus ideas, pero como le ha dado libertad a tu corazón, da a tu espíritu las ideas que aquél merece. Tú vives en Dios, actúas y piensas en Dios. No tienes más que abrir los ojos a esta luz que ilumina a los hombres; entonces verás la verdad y la harás conocer.

–¡Ah! –exclamé–, esto parece dicho por el padre Malebranche.

–Conozco a tu Malebranche –dijo–. Era un poco cuáquero, pero no lo bastante.

Estas son las cosas más importantes que aprendí sobre la doctrina de los cuáqueros. En la primera carta encontraréis su historia, que seguramente os parecerá todavía más singular que su doctrina.

TERCERA CARTA. SOBRE LOS CUÁQUEROS

Habéis visto ya que los cuáqueros se remontan al tiempo de Jesucristo, que según ellos fue el primer cuáquero. Según ellos, la religión fue corrompida después de su muerte y quedó en esa corrupción alrededor de mil seiscientos años; pero hubo siempre algunos cuáqueros escondidos por el mundo que tenían a su cuidado conservar el fuego sagrado, apagado en el resto de la tierra, hasta que finalmente esa luz se propagó en Inglaterra en el año 1642.

En la época en que Gran Bretaña se desgarraba por las guerras civiles emprendidas por tres o cuatro sectas en nombre de Dios, un hombre llamado Georges Fox, del condado de Leicester, hijo de un obrero sedero, emprendió su predicación de verdadero apóstol tal como él la entendía, es decir, sin saber leer ni escribir. Era un joven de veinticinco años, de costumbres irreprochables y santamente loco. Vestía de cuero de pies a cabeza e iba de pueblo en pueblo vociferando contra las guerras y contra los clérigos. Si hubiera predicado solamente contra las gentes de armas no hubiera tenido nada que temer; pero atacaba a las gentes de iglesia y lo metieron enseguida en la cárcel. Lo llevaron al juzgado de paz de Derby. Fox se presentó ante el juez con su gorro de cuero puesto. Un sargento le dio un golpe, diciéndole:

–Bribón, ¿no sabes que tienes que descubrirte delante del juez?

Fox, presentándole la otra mejilla, le rogó que le diera otra bofetada. Antes de interrogarlo, el juez quiso que prestara juramento.

–Amigo mío –dijo Fox–, has de saber que nunca tomo el nombre de Dios en vano.

El juez, al verse tutear por aquel hombre, ordenó que fuera llevado al hospicio de Derby y que se le azotara.

Georges Fox se dirigió al hospicio entonando alabanzas a Dios y allí fue cumplida rigurosamente la sentencia del juez. Los encargados de cumplir la sentencia se quedaron muy sorprendidos cuando Fox les rogó que, por el bien de sus almas, le propinaran algunos azotes más. Aquellos caballeros no se hicieron rogar y Fox recibió doble ración, de lo cual quedó muy agra-

decido. Luego les predicó. Al principio se rieron de él, luego le escucharon, y como el entusiasmo es contagioso muchos se convencieron y los que le habían azotado fueron sus primeros discípulos.

Cuando salió de la cárcel recorrió los campos acompañado de una docena de prosélitos, predicando siempre contra el clero y siendo azotado de cuando en cuando. Un día, cuando estaba en la picota, arengó al pueblo con tal entusiasmo que convirtió a una cincuentena, mientras que los demás se interesaron por él, por lo cual, mediante un gran tumulto, lo sacaron del lugar donde estaba, fueron en busca del pastor anglicano responsable de la condena y lo pusieron en la picota.

Su temeridad llegó a tal punto que convirtió a varios soldados de Cromwell, que dejaron las armas y se negaron a prestar juramento. Cromwell no quería ni oír hablar de una secta enemiga de la guerra, de la misma manera que Sixto Quinto opinaba mal de una secta «dove non se chiajava». Cromwell utilizó su poder para perseguir a los recién llegados, con los cuales llenó las prisiones. Pero las persecuciones sólo sirven para aumentar el número de prosélitos; salían de la cárcel con sus creencias robustecidas y seguidos por sus guardianes, a los que habían convertido.

Pero he aquí lo que contribuyó más a ampliar la secta. Fox se creía inspirado. Por lo tanto, se sintió obligado a hablar de una manera distinta que los otros hombres y comenzó a temblar, a contorsionarse y a hacer muecas; retenía el aliento y lo expelía luego violentamente. Ni la sacerdotisa de Delfos lo hubiera hecho mejor. Poco tiempo tardó en acostumbrarse a la inspiración y enseguida se le hizo imposible hablar de otra manera. Fue ése el primer don que comunicó a sus discípulos, los cuales imitaron de buena fe todas las muecas del maestro; cuando estaban inspirados temblaban con todas sus fuerzas. De ahí les viene el hombre de «quakers» (cuáqueros), que quiere decir temblorosos. La gente baja se divertía imitándolos. Temblaban, hablaban nasalmente, se convulsionaban y se creían inspirados por el Espíritu Santo. Como les hacía falta algunos milagros, los hicieron.

El patriarca Fox dijo a un juez de paz, delante de una gran asamblea:

–Amigo, ten cuidado. Dios te castigará muy pronto por perseguir a los santos.

Aquel juez era un borracho que bebía diariamente una cantidad excesiva de mala cerveza y de aguardiente. Dos días después murió de apoplejía, justamente tras haber firmado la orden de prisión de algunos cuáqueros. Esta muerte repentina no fue atribuida a la intemperancia del juez, sino que todo el mundo vio en ella el resultado de las predicciones del santo varón. Este hecho hizo más cuáqueros de los que hubieren podido obtener mil sermones y otras tantas convulsiones. Cromwell, viendo aumentar su

número día a día, trató de atraerlos a su partido; hizo ofrecerles dinero, pero se mostraron incorruptibles. Por cierto que Cromwell dijo en una ocasión que era la primera religión a la que no había podido convencer por dinero.

Fueron varias veces perseguidos durante el reinado de Carlos II, no por su religión, sino por negarse a pagar sus diezmos al clero, por tratar de tú a los magistrados y no querer prestar el juramento exigido por las leyes.

Por último, Robert Barclay, escocés, presentó al rey su Apología de los cuáqueros, obra tan buena como podía serlo. La epístola de dedicatoria a Carlos II no contiene bajas adulaciones, sino audaces verdades y justos consejos.

«Has gustado –le dice a Carlos al final de la epístola– de la dulzura y de la amargura, de la prosperidad y de las mayores desgracias; has sido expulsado de los países donde habías reinado; has sentido sobre ti el peso de la opresión y sabes cuán despreciable es el opresor ante Dios y ante los hombres. Si después de tantas pruebas y bendiciones tu corazón se endureciera y olvidara al Dios que te recordó en tus desgracias, tu crimen sería mayor y más dura tu condena. Por tanto, en vez de oír a los aduladores de tu corte, escucha la voz de tu conciencia, que jamás te adulará. Tu fiel amigo y súbdito Barclay.»

Lo curioso es que esta carta, escrita a un rey por un oscuro desconocido, dio resultado y la persecución cesó.

CUARTA CARTA. SOBRE LOS CUÁQUEROS

Por ese tiempo hizo su aparición el ilustre William Penn, que hizo posible el poderío de los cuáqueros en América y que los hubiera podido hacer respetables en Europa, si los hombres se mostraran propicios a respetar la virtud bajo apariencias tan ridículas. Era el hijo único del caballero Penn, vicealmirante de Inglaterra y favorito del duque de York desde la época de Jacobo II.

William Penn, a la edad de quince años, conoció a un cuáquero en Oxford, donde cursaba sus estudios. Este lo convirtió, y el muchacho, lleno de vida, dotado de natural elocuencia, noble en el gesto y en la fisonomía, atrajo enseguida a un grupo de camaradas a su alrededor. Insensiblemente, estableció una sociedad de jóvenes cuáqueros que se reunían en su casa; de esta manera, a los dieciséis años era jefe de una secta.

Al volver a casa de su padre cuando dejó los estudios, en vez de ponerse ante él de rodillas y pedirle su bendición, según la costumbre de los ingleses, lo abordó con el sombrero puesto, diciéndole:

–Estoy encantado, amigo mío, de encontrarte con tan buena salud.

El vicealmirante creyó al principio que su hijo se había vuelto loco, pero enseguida se percató de que era cuáquero. Entonces puso en práctica todos los medios de que dispone la humana prudencia para tratar de convencerlo que viviera como todo el mundo. Pero el joven respondía a su padre exhortándole a que él se hiciera también cuáquero.

Por último, el padre se resignó a pedirle solamente que fuera a ver al rey y al duque de York, pero con el sombrero en la mano y sin tutearlos. William le contestó que su conciencia le impedía hacer semejante cosa, por lo cual el padre, indignado y desesperado, lo echó de la casa. El joven Penn agradeció profundamente a Dios los sufrimientos que le deparaba y se fue a predicar a la ciudad, donde hizo muchos prosélitos.

Las prédicas de los ministros eran cada vez menos frecuentes, y como Penn era joven y guapo, las mujeres de la corte y de la ciudad acudían devotamente a escucharlo. El patriarca Georges Fox, atraído por la reputación del joven, acudió a Londres desde el más remoto rincón de Inglaterra, para escucharlo. Los dos resolvieron realizar misiones en los países extranjeros. Se

embarcaron para Holanda, después de haber dejado un buen número de operarios encargados de la viña de Londres. Sus trabajos tuvieron éxito en Amsterdam, pero lo que más les honró ya la vez puso en peligro su modestia fue el recibimiento que les hizo la princesa palatina Isabel, tía de Jorge I de Inglaterra, mujer famosa por su ingenio y sabiduría, a la que Descartes había dedicado su obra de filosofía.

La princesa, que vivía entonces retirada en La Haya, se entrevistó con los «amigos», nombre que se daba en aquella época a los cuáqueros en Holanda. Tuvieron varias entrevistas y los dos predicaron varias veces en su casa, y aunque no lograron convertirla en una cuáquera perfecta, declararon que por lo menos la princesa estaba bastante cerca del reino de los cielos.

Los amigos predicaron también en Alemania, pero con escasa fortuna. La costumbre de tutear a la gente no sentó bien en un país donde todo el mundo tiene constantemente en los labios palabras como Alteza y Excelencia. Penn volvió pronto a Inglaterra debido a las noticias de la enfermedad de su padre. El vicealmirante se reconcilió con él y, a pesar de pertenecer a otra religión, lo abrazó con ternura; William le exhortó vanamente a que no recibiera los sacramentos y muriera como un cuáquero; el buen anciano, por su parte, exhortó también vanamente a su hijo a que usara botones en las mangas y cordones en el sombrero.

William heredó grandes bienes, entre los que se contaba el dinero que la corona debía al vicealmirante por préstamos que éste le había hecho en las expediciones marítimas. Nada era menos seguro, en aquella época, que el dinero adeudado por el rey; Penn se vio obligado a ir y tutear varias veces al rey y a sus ministros para que le pagaran la deuda. El gobierno, en 1680, en lugar de pagarle con dinero le entregó la propiedad y soberanía de una provincia de América, al sur de Maryland; de esta manera un cuáquero se vio convertido en soberano. Partió hacia sus nuevos estados con dos navíos llenos de cuáqueros que le siguieron. Desde entonces se llamó a aquella región Pennsylvania, que procede del apellido Penn. Fundó la ciudad de Filadelfia, hoy muy floreciente. Comenzó por formar una liga con los americanos, sus vecinos. Es el único tratado entre esos pueblos y los cristianos que no contiene ningún juramento, pero que no ha sido quebrantado. El nuevo soberano fue también el legislador de Pennsylvania; dio leyes muy sabias, que desde entonces no han sufrido ninguna modificación. La primera de ellas ordena no maltratar a ninguna persona por sus creencias religiosas y que todos los que creen en un Dios sean mirados como hermanos.

Apenas Penn hubo establecido su gobierno, los comerciantes americanos vinieron a poblar la colonia. Los nativos del país, en lugar de esconderse en los bosques se acostumbraron insensiblemente a los pacíficos cuáqueros;

del mismo modo que detestaban a los conquistadores cristianos, amaron a los recién llegados. Al poco tiempo, una gran cantidad de aquellos supuestos salvajes, atraídos por las tranquilas costumbres de sus vecinos, fueron a pedir a William Penn que los recibiera como sus vasallos.

Resultaba un espectáculo desusado ver a un soberano al que se podía tutear y hablar con el sombrero puesto; un gobierno sin sacerdotes; un pueblo sin armas; ciudadanos iguales ante las leyes, y vecinos sin envidias.

William Penn podía vanagloriarse de haber dado a conocer al mundo la edad de oro de la que tanto se habla y que seguramente existió únicamente en Pennsylvania. Penn regresó a Inglaterra por cuestiones que afectaban a su nuevo país, después de la muerte de Carlos II. El rey Jacobo, que había querido a su padre, sintió por el hijo un afecto semejante y no lo consideró como el oscuro miembro de una secta, sino como un gran hombre. El rey seguía una política conforme a sus deseos: su intención era ganarse a los cuáqueros aboliendo las leyes dictadas contra los no-conformistas, con el fin de poder, al amparo de esa libertad, introducir la religión católica. Todas las sectas de Inglaterra se dieron cuenta de la trampa y no se dejaron engañar; ellas se unen siempre contra el catolicismo, su enemigo común. Pero Penn no se creyó en el deber de renunciar a sus principios para favorecer a los protestantes, que lo odiaban, e ir contra el rey, que lo amaba. Había establecido la libertad de conciencia en América; no quería que se le viera destruyéndola en Europa. Por tanto, siguió siendo fiel a Jacobo II, lo cual hizo que con frecuencia se le acusara de ser jesuita. Semejante calumnia lo afectó grandemente, sintiéndose obligado a justificarse mediante escritos públicos. Sin embargo, el infortunado Jacobo, en el cual, como en casi todos los Estuardo, se confundían grandeza y debilidad, y que como todos ellos hizo demasiado y demasiado poco, perdió su reino, sin que se pueda decir cómo.

Todas las sectas anglicanas aceptaron de Guillermo III y de su Parlamento la misma libertad que habían rechazado de Jacobo II. Fue entonces cuando los cuáqueros comenzaron a gozar, mediante las leyes, de todos los privilegios que aún poseen. Penn, viendo que su secta era admitida sin discusión en su país de origen, volvió a Pennsylvania. Los suyos y los americanos lo recibieron con lágrimas en los ojos, como se recibe a un padre que vuelve con sus hijos. Durante su ausencia, sus leyes habían sido observadas religiosamente, lo cual no había sucedido antes con ningún legislador. Permaneció varios años en Filadelfia y luego, muy a su pesar, regresó nuevamente a Londres, con objeto de obtener privilegios para el comercio de los habitantes de Pennsylvania. Vivió en Londres hasta una edad muy avanzada, considerado como el jefe de un pueblo y de una religión. Allí murió en 1718.

La propiedad y el gobierno de Pennsylvania pasaron a manos de sus descendientes, los cuales vendieron al rey el gobierno por doce mil monedas. El estado de las cuentas reales no le permitieron pagar más que mil. Un lector francés puede creer que el Estado pagó el resto en promesas y de todos modos se apoderó del gobierno; nada de eso: al no poder la corona satisfacer los pagos en los plazos previstos, el contrato fue declarado nulo y la familia de Penn volvió a la posesión de sus derechos.

No sé cuál será la suerte de la religión de los cuáqueros en América, pero en Londres se puede observar que va disminuyendo día a día. En todos los países del mundo la religión preponderante, si no persigue a las otras, termina aniquilándolas. Los cuáqueros no pueden ser miembros del Parlamento ni ejercer ningún oficio, puesto que para ello sería necesario que prestaran un juramento que se niegan a prestar. Se ven reducidos a la necesidad de ganar dinero mediante el comercio; sus hijos, enriquecidos por el trabajo de sus padres, quieren gozar, recibir honores, llevan botones en las mangas; se avergüenzan de que los llamen cuáqueros y se hacen protestantes para seguir la moda.

QUINTA CARTA. SOBRE LA RELIGIÓN ANGLICANA

Este es el país de las sectas. Un inglés, como hombre libre, va al cielo por el camino que más le gusta.

Sin embargo, pese a que cada cual puede servir a Dios a su manera, la verdadera religión, aquella en la que uno puede hacer fortuna, es la secta de los episcopalianos, llamada Iglesia Anglicana, o Iglesia por excelencia. En Inglaterra o en Irlanda no es posible conseguir un empleo sin ser un fiel anglicano. Esta razón, que es muy convincente, ha convertido a tantos no-conformistas, que hoy tan sólo la vigésima parte de la población no pertenece a la Iglesia dominante.

El clero anglicano ha mantenido muchas ceremonias católicas, y en especial la de cobrar diezmos con cuidado muy escrupuloso. Los sacerdotes anglicanos poseen la piadosa ambición de ser los amos.

Además, fomentan entre sus ovejas un santo celo contra los no-conformistas. Este celo fue particularmente vivo durante el gobierno de los «tories», en los últimos años de la reina Ana; pero sus efectos no iban más allá de, en ocasiones, romper los cristales de las capillas heréticas. Las guerras civiles han terminado en Inglaterra con la furia de las sectas y en el reinado de la reina Ana se escuchaban sólo los sordos ruidos de un mar todavía agitado mucho tiempo después de la tormenta. Cuando los «whigs» y los «tories» desgarraron su país, como anteriormente güelfos y gibelinos habían desgarrado Italia, fue necesario que la religión entrara en los partidos. Los «tories» eran partidarios del episcopado; los «whigs» querían abolirlo, pero cuando fueron los dueños de la situación se contentaron con quitarle importancia.

Cuando el conde Harles, de Oxford, y Lord Bolingbroke bebían a la salud de los «tories», la iglesia anglicana los veía como los defensores de sus santos privilegios. La asamblea del bajo clero, que es una especie de Cámara de los Comunes formada por eclesiásticos, gozaba entonces de cierto prestigio; tenía, por tanto, libertad para reunirse y ordenar quemar de vez en cuando algunos libros impíos, es decir, los escritos en contra suya. El gobierno, que actualmente es «whig», ni siquiera permite a esos caballeros tener sus asambleas; están reducidos en la oscuridad de sus parroquias a la triste función de rezar por el gobierno, al cual si pudieran ocasionarían gustosa-

mente problemas. En cuanto a los obispos, veintiséis en total, continúan teniendo asiento en la Cámara alta a pesar de los «whigs», pues todavía persiste el viejo abuso de considerarlos barones, pero no tienen en ella más poder que los duques y pares en el Parlamento de París. Hay una cláusula en el juramento que se presta al Estado que pone a prueba la cristiana paciencia de estos caballeros.

Se promete pertenecer a la Iglesia, tal como la establece la ley. No hay un solo obispo, deán o arzobispo que no crea serlo por derecho divino; por tanto, es una gran mortificación para ellos encontrarse en la obligación de confesar que es una miserable ley hecha por profanos laicos la que les otorga el poder que poseen. Un religioso (el padre Courayer) ha escrito hace poco un libro para probar la validez y la sucesión de las ordenaciones anglicanas. Esta obra ha sido prohibida en Francia; pero ¿creéis acaso que ha gustado al gobierno de Inglaterra? De ninguna manera. A estos malditos «whigs» les preocupa muy poco haber interrumpido o no la sucesión episcopal y que el obispo Parker haya sido consagrado en una taberna, según se dice, o en una iglesia. Ellos prefieren que los obispos deban su autoridad al Parlamento y no a los apóstoles. Lord B. dice que esa idea del derecho divino servirá solamente para formar tiranos de esclavina y roquete, mientras que la ley hace ciudadanos.

En cuanto a las costumbres, el clero anglicano es más morigerado que el de Francia, y he aquí la causa: todos los eclesiásticos se ordenan en las universidades de Oxford o Cambridge, lejos de la corrupción de la capital; son llamados a las dignidades de la Iglesia a edad avanzada, cuando los hombres no tienen más pasión que la avaricia, cuando su ambición carece de alimento, Los empleos son aquí la recompensa de grandes servicios prestados a la Iglesia o al ejército. Aquí no se ven obispos jóvenes ni coroneles recién salidos de los colegios. Además, casi todos los sacerdotes están casados; la poca gracia adquirida en la universidad y el escaso trato con las mujeres hacen que generalmente un obispo deba conformarse con su propia mujer. Los sacerdotes van a veces a la taberna y si se emborrachan lo hacen seriamente, sin escándalos. Ese ser indefinible, que no es eclesiástico ni seglar, en una palabra, lo que llamamos abate, es una especie desconocida en Inglaterra; aquí casi todos los eclesiásticos son reservados y casi todos pedantes. Cuando se enteran que en Francia jóvenes conocidos por su liviandad y elevados a la prelación por intrigas de mujeres hacen públicamente el amor, se dedican a componer canciones galantes, ofrecen diariamente cenas largas y delicadas, y después van a implorar las luces del Espíritu Santo, y con todo tienen el valor de llamarse sucesores de los apóstoles, dan gracias a Dios de ser protestantes. Pero se trata de villanos heréticos, dignos de ser quemados en los infiernos, como dice el señor François Rabelais, motivo por el cual no me mezclaré en sus asuntos.

SEXTA CARTA. SOBRE LOS PRESBITERIANOS

La religión anglicana se practica sólo en Inglaterra e Irlanda. El presbiterianismo es la religión dominante en Escocia. Este presbiterianismo no es otra cosa que el calvinismo puro, tal como fuera establecido en Francia y tal como subsiste en Ginebra. Como los sacerdotes de esta secta reciben de sus iglesias sueldos muy mediocres, no pueden vivir con tanto lujo como los obispos, por lo cual han tomado partido de predicar contra los honores que no pueden alcanzar. Figuraos al orgulloso Diógenes pisoteando el orgullo de Platón; los presbiterianos de Escocia se parecen a ese altanero y miserable razonador. Trataron a Carlos II con menos miramientos que Diógenes había tratado a Alejandro. Cuando tomaron las armas a favor de él, contra Cromwell, que les había engañado, hicieron escuchar a aquel pobre rey cuatro sermones diarios, le prohibieron el juego y le impusieron penitencias; Carlos se cansó enseguida de ser rey de aquellos pedantes y se les escapó de las manos como un escolar se escapa del colegio.

Frente a un joven y vivaz bachiller francés, que vocifera por las mañanas en las escuelas de teología y por las noches canta en compañía de damas, un teólogo anglicano es un Catón; pero ese Catón parece un cortesano comparado con un presbiteriano de Escocia. Este adopta maneras circunspectas y severo talante, porta un gran sombrero, un largo sobretodo sobre una chaqueta corta, predica nasal mente y llama «Prostituta de Babilonia» a todas las iglesias cuyos eclesiásticos reciben cincuenta mil libras de renta y cuyos fieles son tan excelentes que los llaman Monseñor, Vuestra Grandeza, Vuestra Eminencia.

Estos caballeros, que también tienen algunas iglesias en Inglaterra, han puesto de moda en el país los aires graves y severos. A ellos se debe la santificación del domingo en los tres reinos; ese día está prohibido trabajar y divertirse, lo que es mucho más severo que lo que ordena la Iglesia Católica; nada de ópera, nada de comedia, nada de conciertos en Londres ese día; el juego de cartas también está expresamente prohibido, de manera que sólo las personas respetables y las llamadas personas honradas juegan ese día; el resto del pueblo se va a escuchar sermones, a la taberna ya las casas de las mujeres alegres.

A pesar de que las sectas episcopal y presbiteriana son las predominantes en Inglaterra, todas las otras son bien recibidas y viven en bastante buena

armonía, mientras que la mayoría de los respectivos predicadores se detestan recíprocamente, casi tan cordialmente como un jansenista condena a un jesuita.

Entrad en la Bolsa de Londres, ese lugar más respetable que otros sitios donde se recitan cursos; veréis allí reunidos, para bien de los hombres, a representantes de todas las naciones. Allí el judío, el mahometano y el cristiano se tratan como si pertenecieran a la misma religión, y no dan el nombre de infieles más que a los que quiebran; allí un presbiteriano confía en un anabaptista, y un anglicano confía en la palabra de un cuáquero. Al salir de esas pacíficas y libres asambleas unos van a la sinagoga, otros a beber; uno le hace cortar el prepucio a su hijo mientras se musitan palabras en hebreo que él no entiende; aquellos se van a su iglesia a esperar, con el sombrero puesto, la inspiración divina, y todos están tan contentos.

Si en Inglaterra no hubiera más que una religión, se podría temer el despotismo; si hubiera dos, las gentes se degollarían mutuamente, pero hay treinta y todos viven en paz y dichosos.

SÉPTIMA CARTA. SOBRE LOS SOCINIANOS O ARRIANOS O ANTITRINITARIOS

Existe una pequeña secta formada por eclesiásticos y por algunos seculares muy sabios que no son ni arrianos, ni socinianos, pero que no están de acuerdo con San Atanasio en el capítulo sobre la Trinidad y sostienen netamente que el Padre es superior al Hijo.

¿Os acordáis de aquel obispo ortodoxo que para convencer al emperador de la consubstancialidad tomó al hijo de éste por la barbilla y le tiró de la nariz en presencia de su majestad? El emperador estaba a punto de enfadarse cuando el obispo le dijo estas convincentes palabras:

–Si vuestra majestad se irrita por esta falta de respeto hacia vuestro hijo, ¿cómo creéis que Dios Padre tratará a aquellos que se niegan a dar a Jesucristo los títulos que se le deben?

Las gentes de las que os hablo opinan que el santo obispo fue muy imprudente, que su argumento no era válido y que el emperador debía haberle respondido:

–Sabed que hay dos maneras de faltarme al respeto: la primera no rindiendo los honores debidos a mi hijo; la segunda, rindiéndole tantos como a mí.

Sea como sea, el partido de Arrio comienza a resucitar en Inglaterra al igual que en Holanda y en Polonia. El gran Newton honraba a esta teoría con su preferencia; el filósofo pensaba que los unitarios razonan más geométricamente que nosotros. Pero el más firme patrón de la doctrina arriana es el ilustre doctor Clarke. Este hombre es de una virtud rígida y de dulce carácter, más amante de sus opiniones que apasionado por hacer proselitismo, únicamente ocupado de cálculos y demostraciones, una verdadera máquina de razonar.

Es autor de un libro bastante poco comprendido pero apreciado sobre la existencia de Dios, y de otro bastante más comprensible pero menospreciado sobre la verdad de la religión cristiana.

No quiso meterse en hermosas discusiones escolásticas, llamadas venerables cuentos de viejas por nuestro amigo...; se contentó con reunir en un libro todos los testimonios de los primeros siglos a favor y en contra de

los unitarios, dejando al lector el trabajo de contar los votos y de juzgar. El libro le valió muchos partidarios, pero le impidió llegar a arzobispo de Canterbury. Yo creo que el doctor falló en sus cálculos y que más le hubiera valido ser Primado de Inglaterra que sacerdote arriano.

Como podéis ver, en las opiniones hay tantas revoluciones como en los imperios. El partido de Árrio, después de haber conocido el triunfo durante trescientos años y el olvido durante doce siglos, vuelve a resurgir de sus cenizas; pero ha elegido mal momento para reaparecer; todo el mundo está harto de disputas y de sectas. El arrianismo es una secta demasiado pequeña para tener derecho a realizar asambleas públicas; lo conseguirá sin duda si aumenta el número de sus adeptos; pero en la actualidad los sentimientos religiosos están debilitados y con dificultad una religión nueva o renovadora puede lograr éxitos. No deja de ser gracioso pensar que Lutero, Calvino y Zwinglio, escritores ilegibles, hayan fundado sectas que dividen a Europa; que el ignorante Mahoma haya dado una religión a Asia y África; y que, sin embargo, Newton, Clarke, Locke, Le Clerc, etc., los más grandes filósofos y las mejores plumas de su tiempo, apenas hayan conseguido reunir pequeños grupos de prosélitos, que disminuyen diariamente.

De ahí lo importante que es llegar al mundo en el momento oportuno. Si el cardenal de Retz reapareciera hoy, no reuniría a su alrededor ni a diez mujeres de todo París.

Si Cromwell renaciera, él, que hizo cortar la cabeza a su rey para coronarse soberano, sería un simple mercader de Londres.

OCTAVA CARTA. SOBRE EL PARLAMENTO

A los miembros del Parlamento de Inglaterra les gusta, en lo posible, compararse con los antiguos romanos.

No hace mucho tiempo que Mr. Shipping, en la Cámara de los Comunes, inició un discurso, con las siguientes palabras: «La majestad del pueblo inglés se sentiría herida, etc.» La singularidad de la expresión provocó una gran carcajada, pero él, sin inmutarse, la repitió con tono decidido, y las risas se apagaron. Confieso que no encuentro semejanza entre la majestad del pueblo inglés y la del pueblo romano; menos parecido existe entre sus gobiernos. En Londres existe un Senado cuyos miembros son a veces acusados, seguramente con injusticia, de vender sus votos, como sucedía en Roma: hasta ahí la semejanza. Por otra parte, creo que las dos naciones son completamente distintas, tanto en lo bueno como en lo malo. Los romanos no conocieron nunca la horrible locura de las guerras religiosas; semejante abominación estaba reservada a los devotos predicadores de la humildad y de la paciencia. Mario y Sila, Pompeyo y César, Antonio y Augusto, no se batían para decidir si el «Fiamen» debía llevar la camisa sobre el traje o el traje sobre la camisa, y si los pollos sagrados debían comer y beber, o solamente comer, para formular sus augurios. Los ingleses se han degollado mutuamente y se han destruido en grandes batallas por querellas de esa especie. La secta de los episcopalianos y la de los presbiterianos han hecho serias a esas cabezas. Imagino que estupideces como aquéllas no volverán a suceder, pues me parece que se están volviendo juiciosos y no desean matarse por unos silogismos.

Pero hay otra diferencia más notable aún entre Roma e Inglaterra, diferencia que honra a esta última: el resultado de las guerras civiles en Roma fue la esclavitud, y el de las luchas en Inglaterra, la libertad. La nación inglesa es la única en el mundo que, ofreciendo resistencia sus reyes, consiguió reglamentar el poder de los mismos y que mediante esfuerzo tras esfuerzo pudo establecer ese sabio gobierno en que el príncipe es todopoderoso para realizar el bien, pero tiene atadas las manos para hacer el mal; ese gobierno en que los señores son grandes sin insolencias y sin tener vasallos, y en el que el pueblo participa en el gobierno sin confusión.

La Cámara de los Pares y la de los Comunes son los árbitros de la nación; el rey el súper árbitro. Los romanos carecían de un equilibrio semejante; en

Roma los señores y el pueblo se encontraban siempre frente a frente, sin que existiera un poder intermedio que los conciliara. El Senado de Roma, que tenía el injusto y castigable orgullo de no querer compartir nada con los plebeyos, no encontraba mejor solución, para alejarlos del gobierno, que enviarlos a luchar a países extranjeros. Miraban al pueblo como a una bestia feroz que convenía lanzar sobre los vecinos antes de que devorara a sus propios amos; así fue cómo el mayor defecto del gobierno de los romanos hizo de ellos grandes conquistadores. Eran desdichados en su tierra y por ese motivo se hicieron dueños del mundo, hasta que las divisiones surgidas entre ellos los transformaron en esclavos.

El gobierno de Inglaterra no ha sido hecho para alcanzar tanto brillo ni para tener un fin tan desgraciado; su fin no es conquistar, sino evitar que sus vecinos lo hagan. Este pueblo es tan celoso de su libertad como de la de los otros. Los ingleses detestaban a Luis XIV porque lo tenían por un ambicioso. Le hicieron la guerra seguramente sin interés alguno, tan sólo por bondad cordial.

A Inglaterra le costó mucho, indudablemente, conseguir su libertad; el ídolo del poder despótico fue ahogado en mares de sangre, pero los ingleses no creen haber pagado demasiado caras sus buenas leyes.

Otras naciones soportaron las mismas luchas y derramaron una cantidad igual de sangre, pero la sangre derramada no hizo más que cimentar la esclavitud.

Lo que en Inglaterra es una revolución no es más que una sedición en otros países. Cuando una ciudad toma las armas para defender sus privilegios, sea en España, en Berbería o en Turquía, inmediatamente los mercenarios la dominan, verdugos la castigan y la nación entera tiene que besar sus cadenas. Los franceses piensan, con razón, que el gobierno de esta isla es más tormentoso que el mar que la rodea, pero es que el rey desencadena la tormenta cuando quiere adueñarse del barco, del cual es solo el primer piloto. Las guerras civiles de Francia han sido más largas, más crueles y más plagadas de crímenes que las de Inglaterra, pero con ninguna de ellas se ha logrado establecer una prudente libertad.

En los tiempos detestables de Carlos IX y de Enrique II, se trataba solamente de saber si se terminaría siendo esclavo de los Guisas. La última guerra de París no merece más que silbidos; me parece ver a escolares amotinados contra el prefecto de un Colegio y que terminan por ser azotados. El cardenal de Retz, con mucho espíritu y coraje mal empleados, rebelde sin objeto, sedicioso sin planes, jefe de partido sin ejército, conspiraba por conspirar y parecía organizar las guerras civiles solamente por darse el gusto. El Parla-

mento no sabía qué quería ni qué no quería; reunía tropas y las licenciaba, amenazaba y pedía perdón, ponía a precio la cabeza del cardenal Mazarino y luego iba a homenajearlo. Nuestras guerras en la época de Carlos VI habían sido crueles, las de Liga fueron abominables, las de Fronda, ridículas.

Lo que más se reprocha a los ingleses es el suplicio que infligieron a Carlos I, que fue tratado por sus vencedores como él los hubiera tratado si hubiera vencido.

A fin de cuentas, mirad a Carlos I, por una parte, vencido en lucha encarnizada, prisionero, juzgado, condenado en Westminster, y por otra, mirad a Enrique VII, envenenado por su capellán mientras comulgaba; a Enrique III, asesinado por un monje, legado del odio de todo un partido; pensad en los treinta asesinatos planeados contra Enrique IV, varios intentados y el último que privó a Francia de un gran rey. Reflexionad sobre esos atentados y después juzgad.

NOVENA CARTA. SOBRE EL GOBIERNO

Esta combinación afortunada en el gobierno de Inglaterra, ese concierto entre los Comunes, los lores y el rey, no ha existido siempre. Durante largo tiempo, Inglaterra ha sido esclava; lo ha sido de los romanos, los sajones, los daneses, los franceses. Guillermo el Conquistador, en especial, dispuso de los bienes y de la vida de sus nuevos súbditos como un monarca oriental, gobernándola con puño de hierro. Prohibió a los ingleses, bajo pena de muerte, mantener encendido el fuego o la luz en sus casas después de las ocho de la noche; no se sabe si quería evitar las reuniones nocturnas o bien saber, mediante prohibición tan absurda, hasta dónde puede llegar el poder de un hombre sobre los demás.

Es cierto que antes y después de Guillermo el Conquistador hubo Parlamento en Inglaterra; los ingleses se vanaglorian de ello, como si esas reuniones, que entonces se llamaban parlamentos, compuestas por eclesiásticos tiránicos y bandidos llamados barones, hubieran sido guardianes de la libertad y de la felicidad popular.

Fueron los bárbaros, que desde las riberas del Báltico se expandieron por toda Europa, quienes impusieron la costumbre de esos estados o parlamentos, de los que tanto se habla pero son tan desconocidos. Es verdad que los reyes en esa época no eran déspotas, pero a pesar de ello los pueblos debían soportar un servilismo miserable. Los capitanes de los salvajes que asolaron Francia, Italia, España, Inglaterra, se transformaron en monarcas; sus lugartenientes se repartieron las tierras de los vencidos, dando así origen a los margraves, los «lairds», los barones, tiranuelos que disputaban a sus soberanos los despojos de los pueblos, aves de rapiña que luchaban con un águila para robarle la sangre a las palomas; cada pueblo tuvo cien tiranos en lugar de un amo. Enseguida intervinieron los sacerdotes. Los galos, los isleños de Inglaterra, habían sido gobernados por los druidas siempre y por los jefes de las ciudades, una clase antigua de barones, menos tiránica que sus sucesores. Los druidas decían ser los intermediarios entre la divinidad y los hombres; dictaban leyes, excomulgaban y condenaban a muerte. Poco a poco, los obispos, durante el dominio de los godos y los vándalos, se adueñaron del poder temporal, y sirviéndose de ellos, los papas, con breves apostólicos, bulas y monjes, hicieron temblar a los reyes, les arrebataron el

poder, les hicieron asesinar y se apoderaron de todo el dinero que pudieron en Europa. El imbécil de Inas, uno de los tiranos de la heptarquía de Inglaterra, fue el primero que durante una peregrinación a Roma aceptó pagar el dinero de San Pedro (alrededor de un escudo de nuestra moneda) por cada casa de su territorio. Pronto toda la isla imitó el ejemplo y, poco a poco, Inglaterra se transformó en una provincia del Papa, el cual enviaba de cuando en cuando a sus legados para cobrar los exorbitantes impuestos.

Juan Sin Tierra, que había sido excomulgado por Su Santidad, concluyó por cederle el reino. Los barones, disgustados por semejante medida, destronaron al miserable rey y pusieron en su lugar a Luis VIII, padre de San Luis, rey de Francia. Pero enseguida se cansaron del recién llegado y lo obligaron a atravesar de nuevo el mar.

Mientras que los barones, los obispos, los papas desgarraban así a Inglaterra, donde todos querían mandar, la más numerosa, la más virtuosa y por consecuencia la más respetable parte de los hombres, compuesta por los que estudian las leyes y las ciencias, los artesanos, los negociantes, en suma todos los que no eran tiranos, el pueblo era mirado como un animal por debajo del hombre. Era necesario que las comunas tuvieran parte en el gobierno: eran plebeyos; su trabajo, su sangre, pertenecía a sus amos, los nobles. La mayoría de los hombres en Europa era considerada entonces lo que aún lo sigue siendo en muchos lugares de su parte septentrional: siervos de un señor, como un ganado que se compra y se vende con la tierra. Han debido de pasar muchos siglos para que se hiciera justicia a la humanidad, para que se comprobara que es terrible que la mayoría de los hombres siembre para que un reducido grupo de ellos recoja los frutos.

¿No es una felicidad para el género humano que esos pequeños bribones hayan visto extinguida su autoridad por el poder legítimo de nuestros reyes en Francia y por el poder legítimo de los reyes y el pueblo en Inglaterra?

Felizmente, las querellas entre reyes y señores feudales conmovieron a los imperios y aflojaron las cadenas que atenazaban a las naciones; la libertad nació en Inglaterra de las disputas entre los tiranos. Los barones obligaron a Juan Sin Tierra ya Enrique III a otorgar la famosa Carta, cuyo principal objeto era, en realidad, situar a los reyes bajo la dependencia de los lores, pero que favoreció al resto de la nación para que ésta, en caso de necesidad, se pusiera de parte de sus pretendidos protectores. Esta Carta Magna, considerada como el sagrado origen de las libertades inglesas, nos demuestra que la libertad era entonces poco conocida. Su solo título demuestra que el rey se creía monarca absoluto por derecho y cedió este pretendido derecho tan sólo cuando fue obligado por los barones y el clero, más 'poderosos que él.

He aquí cómo empieza la Carta Magna: “Nos acordamos por nuestra propia voluntad, los privilegios siguientes a los arzobispos, obispos, abates, priores y barones de nuestro reino, etc.»

En los artículos de esa Carta no se menciona para nada a la Cámara de los Comunes, lo cual es prueba de que no existía aún o de que no tenía poder alguno. Se especifica a los hombres libres de Inglaterra: triste demostración de que había muchos que no lo eran. En el artículo 32 de la Carta se establece que los pretendidos hombres libres debían prestar servicios a su señor. Una libertad semejante se parece mucho a la esclavitud.

El rey dispone en el artículo 21 que sus oficiales no podrán apoderarse en adelante de los caballos y los carros de los hombres libres por la fuerza, sino que deberán pagarles su valor. El pueblo consideró que ese reglamento les dotaba de libertad únicamente porque les libraba de una tiranía mayor.

Enrique VII, feliz usurpador y gran político, que aparentaba estimar a los barones cuando en realidad los detestaba y temía, consiguió la enajenación de sus tierras. De ese modo los plebeyos que más tarde adquirieron bienes con su trabajo, pudieron adquirir los castillos de los pares arruinados por sus locuras. Poco a poco todas las tierras cambiaron de dueño.

La Cámara de los Comunes se hizo cada vez más poderosa; con el tiempo desaparecieron las familias de los antiguos pares; y como en Inglaterra los únicos nobles son en realidad, según dice la ley, los pares, pronto hubiera desaparecido la nobleza en ese país si de cuando en cuando los reyes no hubieran creado nuevos barones y no conservaran la orden de los pares, antes tan temida, para ponerla enfrente a la de los Comunes, cuyo poder les inspiraba temores.

Todos esos pares que forman la Cámara alta reciben del rey un titulado y nada más; casi ninguno de ellos posee la tierra que lleva su nombre. El uno es duque de Dorset y no tiene una pulgada de tierra en Dorsetshire; el otro es conde de una ciudad de la que apenas sabe dónde está situada; tienen poder en el Parlamento, pero en ningún sitio más.

Aquí no se oye hablar de alta, media y baja justicia, ni del derecho a cazar en las tierras de un ciudadano, el cual ni siquiera es dueño de disparar un tiro de fusil en su propio campo.

Un hombre, por el hecho de ser noble o sacerdote, no está eximido del pago de determinadas contribuciones; todos los impuestos están reglamentados por la Cámara de los Comunes que, aun siendo la segunda por su rango, es la primera en importancia.

Los señores y los obispos pueden rechazar un proyecto de ley sobre impuestos presentado por los Comunes, pero no pueden modificarlo; tienen que recibirlo o rechazarlo sin modificaciones. Cuando los lores aceptan el proyecto y el rey lo aprueba, todo el mundo tiene que pagar. Cada cual paga no según su rango (lo cual es absurdo), sino según su renta; no existen ni tributos ni contribuciones arbitrarias, sino un verdadero impuesto sobre las tierras, que fueron evaluadas durante el reinado del famoso Guillermo III por debajo de su precio.

Las rentas de la tierra han aumentado, pero los impuestos siguen siendo los mismos; de este modo nadie se siente perjudicado ni se queja. El campesino no tiene los pies doloridos por el uso de los zuecos, come pan blanco, viste bien, aumenta su ganadería y cubre con tejas el techo de su casa, sin temor a que le aumenten los impuestos el año siguiente.

Muchos campesinos, a pesar de tener doscientos mil francos de renta, continúan cultivando la tierra que los ha enriquecido y en la que viven en libertad.

DÉCIMA CARTA. SOBRE EL COMERCIO

El comercio ha enriquecido a los ciudadanos de Inglaterra y ha contribuido a desarrollar su libertad, y esta libertad, a su vez, ha extendido el comercio, que ha sido el origen de la grandeza del Estado.

Por el comercio se creó, poco a poco, la fuerza naval de Inglaterra, que ha hecho de los ingleses reyes de los mares. En el presente tienen alrededor de doscientos barcos de guerra. La posteridad se asombrará de que una pequeña isla que sólo posee un poco de plomo, estaño, greda y lana de mediocre calidad haya llegado a ser, mediante su comercio, tan poderosa, que en 1723 pudo enviar tres flotas simultáneamente a tres extremos diferentes del planeta: una a Gibraltar, ciudad que conquistó y mantiene por la fuerza de las armas; otra a Porto-Bello, para arrebatárselo al rey de España los tesoros de las Indias, y la tercera al mar Báltico, para evitar el enfrentamiento entre las potencias del Norte.

Cuando Luis XIV hacía temblar a Italia, cuando sus ejércitos, dueños ya de Saboya y de Piamonte, se preparaban a tomar Turín, el príncipe Eugenio, en el último rincón de Alemania, debía acudir en ayuda del duque de Saboya, pero no tenía dinero y sin él no se pueden tomar ni defender las ciudades; se vio obligado a recurrir a los comerciantes ingleses, quienes en media hora le prestaron cinco millones; liberó Turín, venció a los franceses y escribió estas líneas a los que le habían prestado el dinero: «Señores, he recibido vuestro dinero y me enorgullezco de haberlo utilizado a vuestra entera satisfacción».

Todas estas cosas enorgullecen con justicia a un comerciante inglés y le hace compararse, con alguna razón, con un ciudadano romano. Por eso el hermano menor de un par del reino no tiene a desdoro ser negociante. Milord Towsend, ministro de estado, tiene un hermano que se contenta con ser mercader en la «City». Cuando Lord Oxford gobernaba Inglaterra, su hermano menor era empleado de comercio en Alepo, donde permaneció hasta su muerte.

Esta costumbre, que por desgracia parece empezar a perderse, resulta monstruosa a los alemanes empecinados en sus cuartos y que no entienden cómo un hijo de un par de Inglaterra no sea más que un rico y pode-

roso burgués, y no como en Alemania, donde todos son príncipes; se han contado hasta treinta altezas del mismo nombre y poseyendo como únicos bienes su orgullo y sus escudos de armas.

En Francia puede ser marqués quien lo desee; cualquiera puede llegar a París desde una distante provincia, con suficiente dinero para gastar y un nombre terminado en «ac» o en «ille», y permitirse decir: «Un hombre como yo, un hombre de mi categoría...», y despreciar soberanamente a un negociante. El comerciante es tan tonto que al oír hablar con frecuencia despectivamente de su profesión, termina por avergonzarse de ella. Sin embargo, no sé quién es más útil a un Estado, si un noble todo empolvado, que sabe exactamente a qué hora se acuesta y se levanta el rey, que se pavonea como un gran señor mientras representa el papel de esclavo en las antecámaras de un ministro, o un comerciante que enriquece a su país, que desde su escritorio da órdenes a Surata y El Cairo, y contribuye a la felicidad del mundo.

UNDÉCIMA CARTA. SOBRE LA INOCULACIÓN DE LA VACUNA

En voz baja se dice por toda Europa que los ingleses son locos y fanáticos; locos porque inoculan a sus hijos la viruela para evitar que contraigan esta enfermedad; fanáticos porque, para prevenir un mal incierto, provocan, tranquilamente, una enfermedad segura y terrible. Los ingleses, por su parte, dicen: «Los otros europeos son cobardes y desnaturalizados; cobardes, porque temen hacer sufrir un poco a sus hijos; desnaturalizados, porque los exponen a que mueran un día de viruela». Para juzgar las razones de esa disputa narraré la historia de esa famosa inoculación, de la que con tanto temor se habla fuera de Europa.

Las mujeres de Circasia tienen la costumbre, desde tiempo inmemorial, de provocar la viruela a sus hijos, a partir de los seis meses de edad, haciéndoles una incisión en el brazo e inoculando en ella una pústula que ha sido previamente extraída con cuidado del cuerpo de otro niño. Esta pústula produce en el brazo donde se inyecta el mismo efecto que la levadura en un trozo de masa: fermenta y extiende por toda la sangre las cualidades que posee. Los granos de los niños que sufren esa viruela artificial sirven para provocar la enfermedad en otros. Este proceso se renueva constantemente en Circasia; cuando no hay viruela en el país hay tanta preocupación como en otros lugares la habría por un mal año.

Lo que ha introducido esta costumbre en Circasia, que parece tan extraña en otros pueblos, tiene, sin embargo, una causa común a todos los pueblos: la ternura materna y el interés.

Los circasianos son pobres y sus hijas hermosas; por ello es natural que comercien con ellas. Abastecen de bellezas los harenes del Gran Señor, del sofí de Persia y de los que son lo suficientemente ricos como para mantener una mercancía tan preciosa. Educan a sus hijas con gran esmero para el placer de los hombres; les enseñan danzas lánguidas y lascivas y los más voluptuosos artificios para despertar el deseo de los desdeñosos amos a que las destinan.

Las pobres criaturas repiten todos los días su lección con su madre, como nuestros niños repiten su catecismo, sin comprender nada.

Con frecuencia, después de tantos desvelos en la educación de sus hijas, los circasianos veían disiparse sus esperanzas. La viruela invadía una familia y una

hija moría, otra perdía un ojo, una tercera quedaba con la nariz deformada; las pobres gentes aquellas quedaban arruinadas sin remisión. Cuando la viruela se convertía en epidémica, el comercio quedaba interrumpido por varios años, lo que suponía una disminución notable de los harenes de Persia y Turquía.

Una nación dedicada al comercio está siempre alerta por sus intereses y no descuida conocimiento alguno que pueda ser útil para su negocio. Los circasianos comprobaron que una persona entre mil era atacada dos veces por la viruela, que las personas podían ser atacadas tres o cuatro veces por una pequeña viruela, pero sólo una vez por una que sea decididamente peligrosa. En una palabra, que se trataba de una enfermedad que atacaba sólo una vez en la vida. Descubrieron también que cuando la viruela es benigna y la piel del paciente fina y delicada, la erupción no deja marcas en el rostro. De estas observaciones naturales concluyeron que si una criatura de seis meses o un año tenía una viruela benigna, no moría, no le quedaban marcas en el rostro y no correría el riesgo de contraer la enfermedad en el resto de los días.

Por tanto, para preservar la vida y la belleza de los niños había que provocar la enfermedad en edad muy temprana; eso fue lo que hicieron, inoculando en el cuerpo de las criaturas una pústula extraída del cuerpo de una persona atacada por una viruela claramente declarada, pero benigna. La experiencia fue un éxito. Los turcos, gente cuerda, adoptaron enseguida esta costumbre, y hoy no hay ningún bajá en Constantinopla que no le provoque la viruela a sus hijos en la más tierna infancia.

Según algunos, los circasianos adoptaron esta costumbre de los árabes. Dejemos para algún sabio benedictino la dilucidación de ese punto histórico; seguramente escribirá varios volúmenes en infolio con las pruebas. Lo que yo puedo decir sobre el asunto es que en los principios del reinado de Jorge I la señora Worley–Montagu, una de las damas más espirituales de Inglaterra, cuando estuvo con su marido en la Embajada de Constantinopla, no tuvo el menor inconveniente en hacer inocular a su hijo, nacido en ese país, la viruela. Aunque su capellán trató de convencerla de lo contrario, diciéndole que el experimento no era cristiano y sólo podía dar resultado con infieles, el niño de la señora Wortley no sufrió ninguna molestia. Cuando regresó a Londres comunicó a la princesa de Gales, actualmente reina, su experiencia. Hay que confesar que la princesa, dejando aparte sus títulos y coronas, ha nacido para proteger a todas las artes y para hacer el bien a los hombres; es como un amable filósofo coronado; nunca ha perdido ocasión de aprender y de mostrar su generosidad. Cuando oyó decir que una hija de Milton vivía todavía y se encontraba en la mayor miseria, le envió inmediatamente un importante regalo. Es ella quien ha protegido al pobre padre Corayer y

quien hizo de intermediaria entre el doctor Clarke y Leibnitz. Nada más oír hablar de la inoculación de la viruela ordenó que se hiciera una prueba con cuatro condenados a muerte, a los cuales salvó la vida doblemente, por un lado librándoles del cadalso, y por otro, gracias a la viruela artificial, salvándoles del peligro de contraer alguna vez la verdadera.

La princesa, asegurada del éxito de la prueba, hizo inocular a sus hijos. Todo Inglaterra siguió su ejemplo y desde entonces, por lo menos diez mil niños deben la vida y otras tantas niñas la belleza, a la reina ya la señora Wortley-Montagu.

En el mundo, sesenta personas sobre cien contraen la viruela; de esas sesenta, diez mueren en lo mejor de la vida y otras diez quedan terriblemente marcadas. Por tanto, una quinta parte de los seres humanos mueren o quedan marcados por esta enfermedad. De los que han sido inoculados, tanto en Turquía como en Inglaterra, ninguno muere, a menos que sea enfermizo o esté condenado a muerte. Si la inoculación se hace debidamente, nadie queda con marcas ni nadie es atacado por segunda vez por la enfermedad. Si alguna embajadora francesa hubiera traído de Constantinopla ese secreto a París, hubiera hecho un gran servicio a la nación; el duque de Villequier, padre del actual duque de Aumont, el hombre con más salud y con mejor constitución de Francia, no hubiera muerto en la flor de la edad; el príncipe de Soubise, que tenía una espléndida salud, no hubiera fallecido a los veinticinco años; Monseñor, el abuelo de Luis XV, no hubiera sido enterrado a los cincuenta; veinte mil personas muertas en París en una epidemia de 1723 vivirían aún. ¿y entonces? ¿Es que, acaso, los franceses no aman la vida? ¿Es que las mujeres no se preocupan por su belleza? En verdad somos una gente extraña. Probablemente dentro de diez años, si curas y médicos no se oponen a ello, adoptaremos las costumbres inglesas; o bien, dentro de tres meses se empezará a inocular por capricho, cuando los ingleses hayan dejado de hacerlo por inconstancia.

He sabido que desde hace cien años los chinos practican esta costumbre; es gran prejuicio el ejemplo dado por una nación que pasa por ser la más sensata y la dotada con mejor policía del mundo. Ciertamente, los chinos proceden de una manera distinta; no se hacen una incisión, sino que se inoculan la viruela por la nariz, como si fuera tabaco en polvo. Es un modo más agradable, pero igual a fin de cuentas, y de la misma manera demuestra que si la inoculación se hubiera practicado en Francia, se habrían salvado millares de vidas.

DUODÉCIMA CARTA. SOBRE EL CANCELLER BACON

No hace mucho que se hablaba, en una amable reunión, sobre el tema gastado y frívolo de saber quién era el más grande hombre: César, Tamerlán, Alejandro, Cromwell, etc.

Alguien respondió que, sin lugar a dudas, era Newton. Ese hombre tenía razón, pues si la grandeza verdadera radica en recibir del cielo el don de una gran inteligencia y haberse servido de ella para instruirse a sí mismo ya los demás, un hombre como Newton, de los que nace uno cada diez siglos, es en verdad el gran hombre. Los políticos y los conquistadores, que no han faltado en ninguna época, suelen ser ilustres malvados. El respeto se debe a los que dominan los espíritus por la fuerza de la verdad, no a los que los convierten en esclavos mediante la violencia; a los que comprenden el universo, no a los que la desfiguran.

Puesto que me pedís que hable de los hombres célebres de Inglaterra, empezaré por los Bacon, Locke, Newton, etc. Generales y ministros vendrán más tarde.

Debo empezar por Bacon de Verulam, conocido en Europa por Bacon, su apellido. Era hijo de un guardasellos y durante el reinado de Jacobo I fue durante mucho tiempo canciller. Sin embargo, en medio de las intrigas cortesanas y de las preocupaciones de su cargo, que requerían todos sus esfuerzos, tuvo tiempo para ser un gran filósofo, un buen historiador y un elegante escritor, cualidades tanto más sorprendentes cuando pensamos que vivió en un siglo en que se desconocía el arte de escribir y, todavía más, el de la buena filosofía. Como suele ocurrir, fue más apreciado después de muerto que mientras vivía. Sus enemigos estaban en la corte de Londres y sus admiradores en Europa entera.

Cuando el marqués de Effiat fue a Inglaterra acompañando a la princesa María, hija de Enrique el Grande, que iba a contraer matrimonio con el príncipe de Gales, fue a visitar a Bacon. Este se encontraba enfermo y lo recibió con las cortinas de su lecho echadas. «Os parecéis a los ángeles –le dijo Effiat–. Escuchamos hablar continuamente de ellos, creemos que son superiores a los hombres, pero nunca tenemos el consuelo de verlos.»

Vos sabéis, señor, que Bacon fue acusado de un crimen que no es el de un filósofo: haberse dejado corromper por dinero. Sabéis cómo fue condena-

do por la Cámara de los Pares a pagar una multa de cuatrocientas mil libras ya perder su dignidad de canciller y de par.

Hoy en día los ingleses veneran de tal manera su memoria, que no quieren admitir su culpabilidad. Si me preguntarais mi opinión os contestaría repitiendo una frase que escuché a Lord Bolingbroke. Se estaba hablando en su presencia de la avaricia del duque de Marlborough. Se citaban varios ejemplos apelando al testimonio de Lord Bolingbroke, el cual, como había sido su enemigo declarado, podía decir tranquilamente su opinión.

«Era tan gran hombre –respondió–, que me he olvidado de sus vicios.»

Me limitaré. pues. a hablaros de las cualidades que hicieron a Bacon admirado en toda Europa.

La más singular y la mejor de sus obras es la que oyes la menos conocida y la más inútil: hablo del *Novum scientiarium organum*. En el andamiaje sobre el que se construyó la nueva filosofía y cuando el edificio estuvo concluido. por lo menos en parte. el andamiaje quedó en desuso.

El canciller Bacon no conocía aún la naturaleza. pero sabía e indicaba los caminos que conducen a ella. Tempranamente comenzó a despreciar todo lo que las universidades llaman filosofía e hizo cuanto estuvo en su mano para que esas instituciones. creadas para el perfeccionamiento de la razón humana. no continuaran corrompiéndola con sus «quid». su «horror al vacío». sus «formas sustanciales» y todas las impertinentes palabras que la ignorancia hacía respetables y que su extraña mixtura con la religión hacía casi sagradas.

Es el padre de la filosofía experimental. Es verdad que antes de él se habían realizado descubrimientos sorprendentes: se había inventado la brújula. la imprenta. el grabado de estampas, la pintura al óleo. los espejos. el arte de devolver parcialmente la vista a los ancianos mediante cristales que se llaman lentes, la pólvora de cañón, etc. Se había buscado, encontrado y conquistado un nuevo mundo.

¿Quién puede dudar que descubrimientos semejantes los realizaron los más grandes filósofos y en tiempos más esclarecidos que los nuestros? Empero, esos grandes cambios se realizaron en la Tierra en época de la estúpida barbarie. Casi todos esos inventos son obra del azar y casi es evidente que el descubrimiento de América también se debió al azar. Al menos, siempre se ha creído que Cristóbal Colón emprendió su viaje fiado en la palabra de un capitán de navío al que la tempestad había arrojado a la altura de las islas Caribes.

Sea como sea, los hombres sabían llegar hasta el fin del mundo, sabían destruir ciudades con un rayo artificial más mortífero que el rayo natural, pero

desconocían la circulación de la sangre, la densidad del aire, las leyes del movimiento, la luz, el número de planetas, etc. Cualquiera que sostuviera una tesis sobre las categorías de Aristóteles, sobre lo universal a parte rei o sobre cualquier tontería era considerado un prodigio.

Las invenciones más sorprendentes y más útiles no son las que más honran al espíritu humano.

Todas las artes tienen su origen en un instinto mecánico común a los hombres, pero no a la sana filosofía.

El descubrimiento del fuego, el arte de la panadería, de fundir y preparar los metales, de construir casas, el invento de la lanzadera, que son cosas más necesarias que la imprenta y la brújula, se deben a hombres todavía salvajes.

¿No hicieron griegos y romanos un uso maravilloso de la mecánica? Y, sin embargo, en aquellos tiempos se creía que había cielos de cristal, que las estrellas eran lamparitas que en ocasiones caían al mar; uno de los grandes filósofos de la época, después de muchas investigaciones, afirmó que los astros eran guijarros que se habían desprendido de la Tierra.

En una palabra, nadie antes que Bacon conoció la filosofía experimental y casi todos los experimentos físicos realizados posteriormente están descritos en su libro. El mismo realizó muchas experiencias: construyó máquinas neumáticas mediante las que intuyó la elasticidad del aire; anduvo cerca de descubrir la presión atmosférica, que descubrió más tarde Torricelli. En casi toda Europa empezó a practicarse la física experimental, poco tiempo después; Bacon había sospechado la existencia de ese tesoro oculto y todos los filósofos, animados por su promesa, intentaron descubrirlo.

Lo que más me sorprendió fue comprobar cómo en su libro habla en términos exactos de esa nueva atracción, cuyo descubrimiento se atribuye a Newton.

«Hay que buscar –dice Bacon– si no habrá una fuerza magnética entre la Tierra y los objetos pesados, entre la Luna y el océano, entre los planetas, etc.»

En otro lugar, dice: «O bien los cuerpos pesados son atraídos hacia el centro de la Tierra, o bien se atraen mutuamente; en este último caso es evidente que cuanto más se acerquen a la Tierra los cuerpos al caer, mayor será su atracción. Hay que continuar investigando para saber si un reloj de pesas irá más ligero sobre la cumbre de una montaña o en el fondo de una mina; si la fuerza de las pesas disminuye en lo alto de la montaña y aumenta en la mina, es evidente que la Tierra ejerce una verdadera atracción».

Este precursor de la filosofía fue a la vez un elegante escritor, historiador y un espíritu selecto:

Sus Ensayos de moral son muy apreciados, pero han sido escritos con el fin de enseñar, no para agradar; no siendo una sátira de la naturaleza humana como las Máximas, de La Rochefoucauld, ni una escuela de escepticismo como las obras de Montaigne, son menos leídas que esas dos obras llenas de ingenio.

Su Historia de Enrique VII es considerada como una obra maestra, pero no creo que se pueda comparar a la de nuestro ilustre De Thou. He aquí cómo habla el canciller Bacon del impostor Perkins, judío de nacimiento, que instigado por la duquesa de Borgoña tuvo la osadía de tomar el nombre de Ricardo IV, rey de Inglaterra, y disputó la corona a Enrique VII.

«En esa época la duquesa de Borgoña, por arte de magia, evocó de los infiernos la sombra de Eduardo IV para atormentar al rey Enrique, el cual se obsesionó por los espíritus malignos. Cuando la duquesa de Borgoña hubo aleccionado a Perkins, se puso a estudiar por qué región del cielo haría aparecer el cometa, y decidió que éste debía aparecer primeramente en el horizonte de Irlanda.»

Creo que nuestro sabio De Thou no emplea este estilo pomposo, que antes fuera considerado sublime, pero que actualmente es juzgado, justamente, como un galimatías.

DECIMOTERCERA CARTA. SOBRE LOCKE

Con seguridad, nunca ha habido un espíritu más juicioso, más metódico, ni un lógico más exacto que Locke; sin embargo, no era un gran matemático. Nunca pudo someterse a la fatiga de los cálculos ni a la aridez de las verdades matemáticas, incapaces de dar nada sensible al espíritu; nadie como él ha demostrado que se puede tener un espíritu geométrico sin geometría. Antes de él, los grandes filósofos habían dado definiciones del alma humana, pero como lo ignoraban todo sobre el tema, es natural que sus opiniones fueran diversas.

En Grecia, cuna de las artes y de los errores, donde tan lejos llegaron la grandeza y la estupidez humanas, se razonaba sobre el alma como en nuestros tiempos.

El divino Anaxágoras, al que le fue elevado un altar por enseñar a los hombres que el Sol era mayor que el Peloponeso, que la nieve era negra y que los cielos eran de piedra, afirmaba que el alma era un espíritu aéreo, pero, sin embargo, inmortal.

Diógenes, otro que se hizo cínico después de haber sido monedero falso, aseguraba que el alma era una porción de la sustancia misma de Dios; esta idea era, por lo menos, brillante.

Epicuro creía que se componía de partes, como el cuerpo. Aristóteles, que ha sido explicado de mil maneras distintas, porque es ininteligible, creía, si creemos a algunos de sus discípulos, que el entendimiento de todos los hombres estaba formado por una única y misma sustancia.

El divino Platón, maestro del divino Aristóteles, y el divino Sócrates, maestro del divino Platón, creían que el alma era corporal y eterna. Sin duda el demonio de Sócrates le había enseñado la realidad. Hay gentes que creen que un hombre que se vanagloria de tener un genio familiar era, sin duda, un loco o un bribón, pero es que esas gentes son demasiado exigentes.

En cuanto a los Padres de la Iglesia, creyeron que el alma humana, los ángeles y Dios eran corporales.

El mundo se refina constantemente. San Bernardo, según la confesión del padre Mabilon, enseñó que después de la muerte el alma no veía a Dios en el cielo, sino que únicamente conversaba con la humanidad de Cristo.

Sus palabras no fueron muy creídas porque la aventura de las Cruzadas había desacreditado sus oráculos. Más tarde, muchos escolásticos como el doctor irrefutable, el doctor sutil, el doctor angelical, el doctor seráfico, el doctor querúbico, estaban plenamente convencidos de que conocían el alma, pero hablaban de ella como si quisieran que nadie les entendiera.

Nuestro Descartes, nacido para descubrir los errores de la antigüedad y reemplazarlos por los suyos, animado por ese espíritu sistemático que ciega a los más grandes hombres, creyó haber demostrado que el alma era lo mismo que el pensamiento, como la materia era, en su opinión, lo mismo que la extensión; aseguró que el hombre piensa constantemente; que el alma llega al cuerpo poseyendo todas las nociones metafísicas, conociendo a Dios, el espacio, el infinito, teniendo todas las ideas abstractas y los más hermosos conocimientos, pero que desgraciadamente olvida todo al salir del vientre de la madre.

Malebranche, del Oratorio, con sus sublimes ilusiones no solamente admitió las ideas innatas, sino que creía que vivimos íntegramente en Dios y que Dios, por decirlo de alguna manera, era nuestra alma. Todos estos razonadores escribieron la novela del alma, hasta que llegó un sabio y modestamente escribió su historia. Locke ha desarrollado en el hombre la razón humana como un excelente anatomista explica los resortes del cuerpo humano. Se ayuda siempre con la antorcha de la física; algunas veces se anima a hablar definitivamente, otras también, a dudar. En vez de definir de repente lo que no conocemos, examina por gradaciones lo que queremos conocer. Toma a un niño en el momento de su nacimiento, sigue paso a paso los progresos de su entendimiento; ve lo que tiene de común con las bestias y lo que está por encima de ellas; consulta sobre todo su propio testimonio, la conciencia de su pensamiento.

«Yo dejo que los que saben más que yo –nos dice– discutan sobre si el alma existía antes o después del cuerpo. Confieso que en el reparto me tocó un alma grosera que no piensa continuamente y, por desgracia, creo que no es necesario que el alma piense continuamente, como no es necesario que el cuerpo esté continuamente en movimiento.»

Personalmente me honro en pensar que en este punto soy tan estúpido como Locke. Nadie será capaz de hacerme creer que pienso continuamente, y me resulta imposible imaginar que algunas semanas antes de ser concebido tenía un alma sabia, que sabía millares de cosas que he olvidado al nacer, que en el útero tenía conocimientos que se me han olvidado y que no he podido recordar jamás.

Después de haber descartado el concepto de ideas innatas y de haber renunciado a la vanidad de creer que el alma piensa constantemente, Locke estableció que nuestras ideas se originan en nuestros sentidos; examina nuestras ideas simples y compuestas; sigue al espíritu humano en todas sus operaciones; demuestra la imperfección de las lenguas habladas por los hombres y el abuso constante que se hace de las palabras.

Considera por último el alcance, o mejor, la nada de los conocimientos humanos. En este capítulo se atreve a decir modestamente estas palabras: «Tal vez nunca podamos saber si un ser puramente material piensa o no».

En estas sensatas palabras más de un teólogo vio la escandalosa declaración de que el alma es material y mortal.

Algunos ingleses, devotos a su manera, dieron la alarma. Los supersticiosos son en la sociedad lo que los holgazanes en el ejército: tienen y contagian terrores pánicos. Se acusó a Locke de querer modificar la religión y, sin embargo, no se trataba de religión, era una cuestión puramente filosófica, independiente de la fe y de la revelación. Había que pensar con tranquilidad si no es contradictorio decir: la materia puede pensar y Dios puede comunicar pensamientos a la materia. Los teólogos empiezan demasiado pronto a decir que Dios ha sido ultrajado cuando no se piensa como ellos. Se parecen mucho a los malos poetas que dicen que Despreaux habla mal del rey porque se burla de ellos.

El doctor Stinlingfleet se ha hecho con una reputación de teólogo moderado por no haber injuriado positivamente a Locke. Luchó contra él, pero fue vencido, porque él razonaba como un doctor y Locke como un filósofo conocedor de la fuerza y debilidad del espíritu humano, y que conocía el temple de las armas que empleaba.

Si yo me atreviera a hablar de asunto tan delicado en el estilo de Locke, diría: hace mucho tiempo que los hombres discuten sobre la naturaleza y la inmortalidad del alma humana. Es imposible demostrar la inmortalidad del alma, pues aún discutimos sobre la naturaleza y hay que conocer a fondo un ser creado para decir si es o no inmortal. Prueba de que la razón humana es incapaz de saber si el alma es inmortal es que ésta ha debido sernos revelada a través de la religión. Para el bien común, la fe nos ordena creer en la inmortalidad del alma; es todo lo que hace falta y la cuestión está decidida. No ocurre lo mismo con respecto a su esencia; a la religión le importa poco saber la sustancia de que está formada el alma con tal que sea virtuosa. Se nos ha dado un reloj, pero el relojero no nos ha dicho de qué clase de material está hecho el resorte. Yo soy cuerpo y pienso, es todo cuanto sé. ¿Por qué querer atribuir a una causa desconocida algo que tan

fácilmente se puede atribuir a la única causa segunda que conozco? Todos los filósofos de la escuela argumentan: «En el cuerpo no hay más que extensión y solidez y no puede tener más que movimiento y figura. Ahora bien, movimiento y figura, extensión y solidez no pueden originar un pensamiento, por lo tanto el alma no puede ser materia».

Todo ese gran razonamiento, tantas veces repetido, se reduce solamente a lo siguiente: «No conozco la materia, in tuyo imperfectamente algunas de sus propiedades; no sé si dichas propiedades pueden unirse al pensamiento; entonces, como no sé nada, afirmo positivamente que la materia no puede pensar». Así razona la escuela. Locke diría sencillamente a estos señores: «Confesad por lo menos que sois tan ignorantes como yo; ni vuestra imaginación ni la mía pueden concebir cómo un cuerpo tiene ideas. ¿Acaso comprendéis mejor cómo una sustancia, sea como sea, puede tenerla? Si no podéis concebir ni la materia ni el espíritu, ¿cómo podéis afirmar algo?»

A su vez, el supersticioso llega y dice que, para el bien de las almas, es necesario quemar a todos los que creen que es posible pensar únicamente con la ayuda del cuerpo. Pero ¿qué opinaría si fuera él el reo de irreligiosidad? En efecto, ¿podemos asegurar, sin caer en una absurda Impiedad, que el Creador no puede darle a la materia pensamientos y sentimientos? Pensad lo y veréis en qué apuro os metéis los que limitáis así el poder del Creador. Los animales poseen los mismos órganos que nosotros, los mismos sentimientos y las mismas percepciones. Tienen memoria y combinan algunas ideas. Si Dios no puede animar a la materia y dotarla de sentimientos, es necesario admitir que, o bien los animales no son más que máquinas, o bien tienen un alma espiritual.

Creo que es innecesario demostrar que los animales no son simples máquinas. En efecto, Dios les ha dado los mismos órganos del sentimiento que a nosotros; luego si son incapaces de sentir, Dios ha hecho un trabajo inútil. Según vosotros decís, Dios no hace nada vanamente, por tanto, no puede haber fabricado tantos órganos del sentimiento si éste no debiera existir. De lo cual se deduce que los animales no son puramente máquinas.

Los animales, según vosotros, no pueden tener un alma espiritual; luego, aunque os pese, tenéis que reconocer que Dios ha dado a los órganos de los animales, que son materia, esa facultad de sentir que vosotros llamáis instinto. ¿Quién podría impedir que Dios hubiera dado a nuestros órganos más sensibles la facultad de sentir, de percibir, de pensar, que llamáis razón humana? Sea cual sea el lado a donde os volváis, debéis confesar vuestra ignorancia y el inmenso poder de Dios. No sigáis, por lo tanto, oponiéndos a la sabia y modesta filosofía de Locke; en vez de ir en contra de la religión, si ésta lo necesitara podría servirle de ayuda. ¿Existe una filosofía más reli-

giosa que la que afirma Únicamente lo que ve con claridad y, tras confesar su debilidad, nos dice que estamos obligados a recurrir a Dios cuando nos ponemos a examinar los primeros principios?

Por otra parte, nunca hay que temer que un sentimiento filosófico pueda dañar a la religión de un país. Los misterios, aunque son contrarios a las demostraciones, serán siempre respetados por los filósofos cristianos que saben que los objetivos de la razón y de la fe son diferentes. Los filósofos nunca formarán una secta religiosa. ¿Por qué? Porque no escriben para el pueblo y porque carecen de entusiasmo.

Dividid al género humano en veinte partes; diecinueve estarán formadas por trabajadores que no sabrán nunca que existió Locke. De los restantes, ¿cuántos hombres se dedican a la lectura? Y entre los que leen, veinte leen novelas y uno sólo estudia filosofía. El número de los que piensa es muy reducido y, además, no se preocupan de turbar al mundo.

No fueron ni Montaigne, ni Locke, ni Bayle, ni Spinoza, ni Hobbes, ni lord Shaftesbury, ni Collins, ni Toland, etcétera, los que levantaron el estandarte de la discordia en su patria. La mayor parte de las veces fueron los teólogos que, deseando ser jefes de sectas, terminaron en jefes de partido. ¿Qué digo? Todos los libros de los filósofos modernos no han hecho tanto ruido como el que hicieron antes los franciscanos con su disputa sobre la forma de sus mangas y de su capucha.

Acerca del autor

Voltaire

Es un destacado filósofo del Siglo de las Luces. Durante toda su vida tuvo una actitud crítica y confrontativa, por lo que fue expulsado de cargos públicos en reiteradas ocasiones o enviado a prisión; además, muchas de sus obras fueron prohibidas. Siempre fue un defensor de la libertad de pensamiento, de la justicia y de la tolerancia; si a eso le sumamos que en sus escritos sus críticas eran certeras, mordaces e impertinentes, no es de extrañar que tuviera tantos enemigos.



A diferencia del resto de los filósofos de la Ilustración, Voltaire es pesimista acerca de la humanidad y el progreso; para él, el hombre no es bueno por naturaleza sino que, por el contrario, es el culpable de la miseria humana.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.